

vo Serraller). En esta situación, un regusto por lo antiguo complica las aproximaciones que algunos críticos de escuela diversa han tenido a estas piezas. Refractorios de cúpulas en Roma, la noche en el norte de África, las conexiones sacras –pintar un mandala en la pared de una iglesia italiana del XIX–, las turbias resonancias de Manhattan o la noche limpida pero áspera de Marruecos, constituyen paisajes de zonas, paisajes fragmentarios de cuerpos: ojos, dientes... Con la muy pensada apropiación de la cartografía medieval donde los mitos, los hombres, los monstruos, la realidad, los sueños, las leyendas y lo imposible habitaban en el mismo espacio y tiempo, sobreponiéndose y conectándose sin distinciones de pasado, presente o futuro.

De ahí esta colaboración curiosa entre un grupo de danza transvanguardista y un pintor canónico. Pero esto es sólo curioso hasta cierto punto, dado que en ambos hay una pregunta por el origen. A esas preguntas por el origen le siguen las preguntas por el desplazamiento. En realidad, el espacio imaginado por Álvarez Basso –una instalación en toda la línea– es un ámbito acotado y relativamente pequeño en el que las culturas se interceptan, se miran, se desean, se tocan pero no llegan a imbricarse, no se mezclan, no hay un mestizaje. El espacio de significación de la pintura es siempre un espacio de significación del tiempo, como un trazado donde el espacio marca modos circulares que niegan nuestra cronología. Esta tensión, por cierto, gobierna el espectáculo. Un espectáculo en el que el artista, como Dédalo, es también un personaje y no el menos importante. Dado que él posee la clave del laberinto.

Es curioso que alguna crítica haya percibido como un punto negativo el hecho de que éste sea un laberinto del que no se puede salir, algo francamente absurdo puesto que esa es la función de un buen laberinto:

impedir la salida. El laberinto es el espacio donde el artista –su constructor– atrapa el tiempo y detiene la línea del reloj. El ámbito donde el lenguaje, como en Joyce, tiende todas sus trampas.

Pensemos, si no, en *El jardín de los senderos que se bifurcan*. En esta historia, Jorge Luis Borges impone una magistral lección *espacial*: el laberinto como un jardín abierto a todas las posibilidades, entre ellas aquella que considera al laberinto como el mismo universo; *temporal*: fin del tiempo sucesivo e importancia de la simultaneidad, donde ocurren todas las opciones en un tiempo circular; *textual*: el laberinto como espacio arquitectónico y, a la vez, como novela, como territorio del lenguaje; y, finalmente, *cultural*: un occidental –“bárbaro inglés”– descubre la clave del laberinto-novela que había construido el antiguo chino, mientras un chino contemporáneo hace todo lo posible por implicarse en Occidente. Son dos hombres enfrentados por una guerra sin sentido y una muerte segura, debida, entre otros aspectos, a la ironía de practicar unas lealtades sin sentido.

Más allá de Borges, aunque sin dejarlo del todo, el laberinto construido por Álvarez Basso y poblado por Danat Dansa cumple los rituales de una metáfora del arte: el artista construye un espacio que termina confiscándolo todo –incluso a él mismo y a su propio discurso– y la trampa tendida a otros termina por ser la suya. Al final, este laberinto es el museo, la sala de teatro, las instituciones –y las arquitecturas– que arman esta trama laberíntica de la que el arte no ha podido escapar.

4. En la primavera de 1991, la ensayista italoamericana Camille Paglia y la artista y profesora de origen chino Lily Yeh desarrollaron un proyecto llamado *Oriente y Occidente: un experimento multicultural*. Ambas retomaron las pulsiones libertarias que el hinduismo o el budismo zen propor-

cionaron al movimiento *beatnik* en los cincuenta y a parte de los movimientos de los años 60, de las cuales ambas son deudoras y herederas. Tanto Paglia como Yeh se sentían distanciadas de las teorías feministas del presente, a las que consideraban estrechamente vinculadas a la ideología de la clase alta blanca, pese a sus retóricas izquierdistas de género, etnia, etc. Ambas rechazaron, asimismo, la estridencia política de los multiculturalismos en la educación y decidieron construir un seminario que indagara realmente en las relaciones entre la cultura occidental y la oriental. Esto es, detectar los puntos de contacto entre el arte realizado bajo el Imperio Bizantino y la España dominada por los árabes, así como las influencias ejercidas por Japón sobre la cultura occidental en los siglos XVI y XVII. Paglia y Yeh arribaron a una conclusión interesante: Oriente y Occidente se conectan, ante todo, a partir de un orden místico y, en principio, sagrado. Éste es uno de los aciertos de Álvarez Basso. Puesto que, siguiendo el citado proyecto, “la religión es una mirada metafísica y filosófica del universo”.

En el fondo –y de nuevo con Borges– el laberinto es el mundo o, mejor, el espacio sin salida del mundo. Y está por igual en un reino babilónico, en Creta, o en el desierto; poblado únicamente por la arena, los hombres perdidos, y la imaginación. □

Paracaidas de
D. Álvarez Basso para
“La japonesa o la im-
posible llegada a
Dédalo”. (Fotos:
Consuelo Bautista).